

Historia se concibe como supra-metafísica y en ésta, a su vez, quedan resumidas las ciencias particulares, el ser o la existencia se resuelve en el espíritu absoluto concebido por Hegel o bien en la subconciencia colectiva o privada de cada individuo. ¿No sería una previsible consecuencia que el hombre particular que cada quien somos, haya caído en actitud de desamparo y de ilimitada angustia?

Tal situación pone de manifiesto la coincidencia de dos series independientes de hechos: la estructuración mecánica del saber humano análoga de la organización social que, entre ambas, destruyen la unidad de la conciencia, la aptitud universal del ser humano; por otra parte, la aparición del fenómeno intelectual más significativo de las tendencias contemporáneas, o sea, la apelación a una experiencia pre-intelectual a una muda sensación orgánica: angustia, intuición vital u otras semejantes, con su correspondiente serie de tipos psicológicos paralelos: el hombre "masa" y el intelectual "deshumanizado".

Sin embargo, la misma confluencia de las dos series de fenómenos sugiere que está próximo el momento en que ambos queden definitivamente superados. En cada frente de esta contradicción: la palabra y el hombre, hay una promesa, una esperanza para el futuro. El tiempo de hoy tiene lo mejor que abriga toda existencia, la semilla de la generación. No importa que no podamos arrancar el secreto a la historia venidera si preservamos la simiente que la ha de fecundar.

UNIVERSIDAD. No. 4.
Monterrey, N. L., abril de 1945.

LA IDEA DE LA GUERRA

A cuenta de la guerra se han producido innumerables teorías para el arreglo pacífico del mundo, que conceden mayor interés a la paz que a la guerra, sin pronunciar casi palabra sobre ésta, como si fuese un hecho evidente cuya significación y alcances estuvieran perfectamente definidos; y de allí resulta una patente contradicción en los extremos de los programas ideados. Proponen la paz en condiciones de una guerra sin término.

En efecto, todos más o menos suponen que una vez dado el hecho de la guerra sólo bastará que el éxito de los ejércitos despeje del campo de la contienda al otro beligerante para que, a base de una situación de dominio político unificada por el triunfo, se escoja entre los programas el más acertado y duradero, o el más conveniente al grupo de intereses predominantes.

De esta suerte la solución de la guerra en la paz no llegará a consumarse nunca, porque los ordenamientos resultantes traducirán, por un tiempo más o menos largo, la fuerza que dicta sus condiciones al enemigo; pero en cualquier momento este, u otro que resulte mal favorecido, se valdrá de igual recurso en cuanto sea capaz de hacerlo. Lo cual quiere decir que esos programas para la paz son las condiciones de rendición para los vencidos, y nadie encontrará en ellos un verdadero camino para romper el círculo que va de la guerra a la guerra, a través de una o varias paces negociadas.

Una considerable porción del error cometido en estas contradictorias proposiciones proviene de aplicar una idea caduca y totalmente superada en los hechos, de la significación y efectos de la actual guerra. Entre ésta y las que se practicaron en los siglos XVIII y XIX, media la diferencia profunda que se mide entre la finalidad política concentrada en el interés dinástico, primero, o luego nacional; y el propósito más o menos inconsciente de constituir una comunidad sobre bases legítimas de la unificación

mundial de los pueblos. Son nada menos que contrarios los signos que presiden a estos hechos bélicos, entre siglo y siglo, que sólo guardan la comunidad de un espectáculo de muerte y destrucción.

Mientras que las guerras dinásticas o políticas miraban a la conservación y crecimiento de los intereses nacionales; ahora la disgregación de estos mismos, los choques y estallidos que han provocado dentro de cada una de las nacionalidades son precisamente las promociones inmediatas de la guerra. Los conflictos políticos entre las naciones europeas podían dirimirse "legalmente" en el campo de batalla, porque había un tácito consentimiento de la conciencia europea en que la guerra constituía un recurso jurídico, desagradable y de última opción, necesario para balancear las fuerzas de las naciones en un terreno real. Cierta política internacional, llamada del equilibrio, traducida de una manera más o menos imperfecta la nivelación del poder resultante de la guerra e indirectamente estatúa a ésta como una regla jurídica internacional. Todavía la lucha mundial de 14 se planteó originalmente sobre estos supuestos, sólo que insensiblemente fué cobrando un alcance mucho mayor que el presumido por los directores políticos.

A la sombra de los años que corren de fines de uno y principios del otro de estos grandes hechos bélicos del siglo, se ha ido destacando una situación revolucionaria de los moldes económicos y políticos dentro de las naciones que operaron como beligerantes, la cual trastornó totalmente las condiciones del pasado y más aún del actual conflicto. Puede seguirse esta transformación en la historia de Rusia y Alemania, principales protagonistas del conflicto europeo del siglo XX a través de los cuales se vieron arrastrados los demás pueblos, de manera que en estos países se concentra visiblemente la acción y el porvenir de todo Occidente.

Habría que distinguir algunas posiciones intermedias en este fenómeno. Japón y E. U. A., hacen todavía una

guerra de carácter político. Inglaterra participa, en cuanto a las bases psicológicas que provocaron su intervención, de una condición más o menos próxima a ese sentido nacional. Pero es dudoso que estas potencias consigan mantener su impulso original aislado de la masa central del fenómeno, cuyo epifoco queda localizado en Alemania y la URSS; y aún en el caso de que obtuvieran parcialmente su propósito, esto mismo sería una amenaza para otro acontecimiento de la misma especie.

Es simbólica la situación de España, en cambio. La lucha civil en que se vió envuelta fué una muestra del espíritu y modos de operación históricos que desarrollaron posteriormente los acontecimientos bélicos en un escenario mundial. Y allí está, todavía, con su forzada solución, para servir de piedra de toque, de finísimo diapasón en donde se podrá medir, en términos muy humanos, el aprovechamiento que hayan tomado las potencias aliadas de la siniestra lección que les han deparado estos años. En España vive y obra la experiencia del triunfo fascista, la de un supuesto interés nacional que persevera en su gobierno a consecuencia de sostener interminablemente la guerra contra sus mismos naturales. Este espíritu de violencia, así sea embridado y guarnecido, será la cabalgadura de la paz que ofrezcan los vencedores a los pueblos del mundo?

Si llegara a cometerse un error semejante, se estaría preparando a la retaguardia de las fórmulas jurídicas de la paz internacional una caballería de muerte y desolación para el futuro. No hay escapatoria posible. Por hábiles que sean los prestidigitadores de la paz, no podrán escamotear con una fórmula de derecho, en términos de intereses nacionales, la alternativa de una guerra futura o la necesidad de otros procedimientos para garantizar la convivencia del mundo en condiciones pacíficas y satisfactorias.

La guerra de mil novecientos catorce desbarató el nudo de los intereses nacionales, en una serie de cuestio-

nes interiores a cada pueblo: la reorganización de las bases económicas y sociales, con su cortejo de problemas educacionales, Jurídicos y de técnicas sociales, ha creado un torbellino de luchas individuales y de grupo que han puesto en duda la eficacia del antiguo orden internacional, llevándolo a su propia destrucción en los campos de batalla.

Porque es claro o debiera parecer tal, que si las guerras del siglo anterior reforzaban más estrechamente los principios internacionales del equilibrio mundial guardado por las potencias vencedoras, este efecto se conseguía prolongando en el interior de cada una de ellas los vicios de la organización mundial de los intereses nacionales. Ahora el efecto ha invertido su dirección en el sentido de la causa y la guerra actual sólo puede alcanzar una situación estabilizadora, no a consecuencia de principios internacionales, sino únicamente a base de la reordenación interior de cada pueblo. Se comprenderá más claramente el cambio de orientación que se ha operado, si figuramos los acontecimientos de esta manera: las guerras nacionales, de carácter político, encaraban situaciones colectivas entre personas morales o jurídicas, que son las Naciones; mientras la condición actual de la guerra es la del aseguramiento o la pérdida de intereses sociales comunes entre los países combatientes a ambos lados de las trincheras. En una palabra, ha quedado superado en los hechos el orden internacional de las nacionalidades por una guerra donde cada combatiente tiene un grupo de adictos y otro de adversarios en el campamento de su enemigo.

La imagen más propia para significar este carácter peculiar, es la de la guerra civil. Es ya un indicio que tal lucha en España fuera prólogo de esta contienda y que aún no se disipe el temor de que el cabo de la paz haya de doblarse antes de que otras tormentas caigan sobre algunos pueblos, Francia quizás.

Inconscientes o disimulados los aspectos de la guerra en el frente interior de las naciones combatientes, no por

ello dejan de obrar esas fuerzas que hacen de cada soldado un héroe de su patria y un enemigo de la sociedad en que vive. ¿Habrán encarado, en toda su crudeza, este hecho psicológico, los estadistas de la paz?

Hace cuatro siglos, Vives, el filósofo español, no hallaba mejor fórmula de resumir el pensamiento de la paz perpetua, que aquellas palabras fervorosas: "Todas las guerras son civiles, porque todas son entre hermanos". Este pensamiento que entonces tomaba su vigencia y sustento de la afinada sensibilidad filosófica y moral de su autor, rebosa por todos los poros la dramática realidad de nuestros días.

Es indudable que los procedimientos para concertar la paz han de ser diferentes de acuerdo con la idea que se tenga de la guerra. A un pensamiento político obedeció la paz de Versalles, que puede servir de aleccionadora advertencia para los que se empeñan, juristas y diplomáticos, en sustituir los presupuestos básicos de convivencia que necesita el mundo entero, por la satisfacción que procuran los tratados internacionales a ciertas minorías nacionales, mientras la inmensa mayoría dentro de esos países y el resto de los pueblos reciben únicamente bellas palabras y solemnes promesas.

El orden internacional probó su eficacia equilibradora con buen éxito, hasta en tanto que ciertas cosas comunes a la humanidad, como la disposición de una técnica eficiente de explotación de los recursos nacionales, el desahogo comercial en los mercados mundiales y la elevación de la prosperidad interior de los habitantes, marcaban un ascenso positivo e ininterrumpido, en donde parecía haber cabida para todas las naciones, a su turno y en la medida en que su esfuerzo e inteligencia lo permitieran.

Sólo que este orden externo de pura regulación internacional llegó a provocar dentro de los mismos países empeñados en esa libre competencia de vigor nacional, una falla interior, una grieta por donde han escapado torrentes irresistibles, en punto de ignición, de las capas sociales

más profundas sometidas a presiones y temperaturas inauditas.

De inmediato estos movimientos telúricos de los pueblos han encontrado un alivio, una válvula de escape en la misma guerra. Pero ¿y después? ¿Estará justificado y se podrá tornar la situación original, cuando ya se ha experimentado que la única salida de este callejón es la despiadada matanza de la juventud?

Tamañas dificultades han hecho que algunos pensadores se arrimen al cómodo recurso de conceder un carácter inevitable a la guerra, o bien de atribuirle un espíritu creador y, por tanto, considerarla como algo bueno en sí misma. En cuanto a los primeros, confunden éstos la persistencia de fenómenos guerreros a través de la historia humana con la creación y desarrollo de esta o de cualquiera otra guerra, determinada en su naturaleza particular por factores igualmente particulares.

Nadie creará que la tendencia belicosa, en cierto sentido natural al hombre, pueda desaparecer enteramente por este o el otro procedimiento; pero, aparte de que esta inclinación ha disminuído notablemente su crudeza en las relaciones individuales y ha cambiado su dirección a la lucha contra la Naturaleza, nadie dudará tampoco que el origen, desarrollo y término de esta o de cualquier guerra se deba inmediatamente a dicha tendencia, sino a circunstancias sociales, políticas y económicas que la despiertan, fomentan, provocan y se embarcan en su tumultuoso recorrido.

Cuando se habla de evitar la guerra se debe considerar a ésta como un fenómeno histórico particular, a cada guerra como algo distinto de las otras y enderezar la acción preventiva a las condiciones especiales que la engendran en cada caso; mientras que aquella actitud de ciego fatalismo, no hace sino consagrar y contribuir a la continua reproducción del mismo tipo de padecimiento. Las guerras de la humanidad no tienen entre sí mayor parentesco que guardan a su vez las enfermedades humanas, en

que todas quebrantan la salud y desembocan en la muerte, pero cada una de por sí puede ser prevenida y hasta se ha logrado desterrar algunas de manera positiva.

Aquellos otros que declinan la guerra en todos sus casos como sustancia espiritual y manifestación del más alto heroísmo y virtudes humanas, además de llevar en su cuenta el mismo cargo de confusión que los anteriores, cometen el yerro de tomar una de las partes por el todo. Es cierto que en la guerra hay algo creador, pero esto no es de ella sino del hombre que interviene en su curso. No es de admirarse que haga surgir nuevos conocimientos o avanzar las técnicas de las artes o hasta enriquecer el espíritu con nuevos frutos; pero, en gran parte, todos estos cambios que nacen de la guerra desembocan en otra, si no se logra organizar la convivencia pacífica de los pueblos; y si la paz se llega a imponer de una manera duradera, el valor de estos medios se estima en la medida de su contribución al bienestar humano y no del espíritu de destrucción que por accidente los hizo concebir.

Por encima de todo esto, el precio de la guerra es la destrucción de insustituibles riquezas humanas, que no se compensa con la creación de nuevas dificultades y supresión de caducos estorbos, mientras falte una rehabilitación posterior de la vida social que no conduzca al mismo callejón sin salida.

La guerra como fatalidad humana, por la guerra misma o de recurso para una distribución del poder entre los Estados, es sencillamente la concepción menos afortunada de la inteligencia, porque no consigue lo que se propone y de paso arruina el patrimonio del hombre, ensombrece y envenena su espíritu.

No queda pues otro camino para estos años decisivos que concebir y trabajar en una idea de la paz que no sea puramente externa y de carácter político entre las naciones, sino que vaya y venga de uno a otro de los hombres y que se anude en el sentimiento de fraternidad común a todos los pueblos.

Nadie podrá justificar que tiene una fórmula irresistible para curar al mundo de los males de la guerra. Pero, si entre los vencedores prevalece la idea de que sus estadistas la poseen, de seguro que no encontraremos el camino de la paz. Otra cosa sería disponer los negocios mundiales a manera de evitar el error de las reparticiones territoriales, ocupaciones permanentes, zonas de influencia y otras proposiciones semejantes.

La responsabilidad de las democracias aliadas corre pareja con el esfuerzo y los sacrificios realizados para conquistar el triunfo de las armas, ya que disponen de la más grande oportunidad de este siglo para constituir un Gobierno universal de los hombres, sin más alternativa que realizar esta idea, o seguir alimentando la guerra con miserias de donde nacen injusticias, despotismos y locuras militaristas.

No hay fórmula capaz de contener la paz si no se mide a través de la posibilidad de tratar los problemas económicos, sociales y políticos de todos los pueblos como si se tratase, como en efecto se trata, de una misma raza: humanidad entera.

UNIVERSIDAD. No. 3
Monterrey, N. L., septiembre de 1944.

NUEVA GENERACION

En las zonas más altas de la vida mexicana —economía, gobierno, educación— la iniciativa creadora está ya en las manos de los últimos hombres que alcanzaron a participar o fueron testigos de la lucha armada de la revolución mexicana. En diez años más asistiremos al completo reemplazo de esta generación que dejó hecho un programa de vida nacional: la revolución mexicana.

La serie de acontecimientos que se vienen sucediendo en México desde 1910 integran una realidad de tipo colectivo que se ha traducido en cosas y transformaciones sociales, irrevocables. Esto es lo que constituye objetivamente el programa histórico de la revolución, cualesquiera que sean los desfallecimientos personales o las inflexiones de la dirección original. En el orden subjetivo estos mismos hechos de nota distintiva en nuestra existencia histórica encuadran justamente con el principio, medio y fin de una generación. En consecuencia, se impone su tratamiento histórico como una individualidad humana de caracteres unitarios, una generación.

En otras palabras: para reconstruir la figura del hecho histórico pueden seguirse dos líneas de investigación, una que va por el contorno y se ciñe al propósito realizado, del lado en que caen las cosas y los hechos definitivos, calca el perfil del movimiento y obtiene una visión objetiva. Así, esa temporada mexicana se define por la reforma agraria, la legislación obrera, la nacionalización del subsuelo y el socialismo de Estado.

Por una vertiente interior al fenómeno, más íntima y subjetiva, que se coordina con la anterior, se va a dar con el propósito o la intención que sin cumplirse totalmente en la realidad, ha servido como piloto de la acción, algo que se condensaría vagamente en la expresión de espíritu histórico o generativo de todo el proceso.

De estos procedimientos de examen histórico nos interesa particularmente el último, por la circunstancia prime-